

ADELARDO COVARSI, GENIAL PINTOR DE EXTREMADURA

Bien puede gloriarse la ciudad de Badajoz de que el día de gracia del 23 de febrero de 1885 naciese en su seno Adelardo Covarsí Yusta, que—con su paleta admirable—había de conquistar tantos lauros, que redundarían en el mayor prestigio de la que fué la romana *Pax Augusta*.

Adelardo era hijo de D. Antonio Covarsí, «un montero genial», aficionadísimo a la pintura, pero que—no obstante esta inclinación personal—no la cultivó, según parece, por falta de las dotes necesarias, por lo que vió colmadas sus ilusiones con que su vástago abrazase los derroteros artísticos y, concretamente, la especialidad pictórica para la que enseguida demostró especialísimas disposiciones.

Dotado de enorme facilidad para el dibujo y la pintura, Adelardo estudió con singular aprovechamiento en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, concluyendo la carrera con una brillantez verdaderamente extraordinaria.

La vida artística de Covarsí comenzó muy pronto. Ganó la cátedra de dibujo de la Escuela de Artesanos, de Badajoz, a la que dedicaría a lo largo de toda su existencia las energías y el talento que anidaban en su ser. Covarsí—que sustituyó en su puesto al famoso pintor pacense Felipe Checa, en cuyo taller se iniciara—estuvo al frente de la dirección del centro, en el que fomentó tantas vocaciones artesanas y artísticas, hasta que acaeció su fallecimiento.

El insigne artista recorrió Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra y Portugal y quedó sus sensaciones en el libro. Uno de

éstos, *Italia. Impresiones de viaje por un pintor*—que prologara el célebre artista Enrique Sierra—, fué el fruto de su visita a los museos y monumentos de mayor importancia de la capital de la cristianidad y una de las principales cunas del arte. Hemos leído el ejemplar que dedicara al artista cacereño Eulogio Blasco, solazándonos con los comentarios sobre la fisonomía de diversas regiones italianas. Génova, Pisa, Roma—la Roma de los Pontífices y la Roma de los Césares—, Nápoles, Florencia, Bolonia y Venecia desfilan con sus grandezas artísticas en este libro de un viajero con alma tan curiosa como singular. Covarsí viajó mucho y vió todo lo artístico, estudiándolo amorosamente, casi diríamos apasionadamente desde el ángulo de lo bello.

Es asaz interesante la faceta de Covarsí como escritor. A él se debieron estudios sobre Zurbarán, Morales, «El Divino», etcétera, a cuya egregia estirpe pertenecía. Dejó muchos trabajos desperdigados por revistas y periódicos, sobre todo en la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, de Badajoz.

Ardoroso defensor del patrimonio artístico de Extremadura y España, ahí está su volumen *Seis años de despojo del tesoro artístico nacional*, que hartó lo acredita.

Covarsí fué un artista excepcional que enalteció a Extremadura con su pincel rico en matices cromáticos. Sus centenares de cuadros puede decirse que son una sinfonía de luz y color. Tienen la luz y el color de Extremadura, que amaba mirándola con los ojos de su corazón.

El campo y el cielo de Extremadura, siempre el paisaje—por el que sentía realmente pasión—, la cinegética, los temas de caza, del hacer venatorio, la jauría, los corsarios, los contrabandistas, los campos de España y Portugal, todo ello estaba constantemente en la primera línea de la paleta del pintor, que se distinguió como autor de una obra de la más alta calidad artística e inspiración, alcanzando frecuentes éxitos con su producción, lo mismo de crítica que de público. Citemos algunos cuadros cinegéticos del maestro: «Los aguiluchos», «El cazador de avutardas», «Cazadores furtivos», «El tío Temerón», «Montero de Alpotreque», etc.

En el retrato, el pintor pacense era un consumado maestro. Basta mencionar el maravilloso cuadro «El retrato de mi padre» y el del escritor Enrique Segura.

Covarsí tenía una recia personalidad como extremeño y, además, era también una recia personalidad en el mundo del arte. Su nombre, su firma artística, ganó el ámbito nacional y extranjero. Por ello pudo decir, en un bien condensado artículo, el crítico José Prados López, que «su prestigio y fama fueron muchas veces causa para que su región extraordinaria le honrara y le aplaudiera en los momentos de sus victorias artísticas».

La labor del pintor badajocense se vió recompensada por infinidad de premios que jalonaron sus triunfos continuados. Desde 1906 que, en la Exposición Nacional de Madrid, fuese galardonado con su lienzo «Atalayando», Covarsí comenzó a ganar los más legítimos laureles con su obra. Obtuvo la Medalla de Plata en la Hispano-Francesa y gran éxito cuando concurre al Salón de París en 1909. En 1916 conquistó la Medalla de Oro de América, en la Exposición Internacional de Panamá, por su cuadro «Guarda de coto». La segunda Medalla de Oro la alcanzó en la Exposición Iberoamericana de Sevilla por su cuadro «En la raya de Portugal». El año 1948 se le concedió la Medalla de Oro de la Exposición Nacional por su cuadro «El montero de Alpotreque», que actualmente figura en el Museo Nacional de Arte Contemporáneo. El insigne crítico José Francés, secretario perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes, ha dicho que entonces «se reparó la enorme—con exceso prolongada—injusticia de venir negándole desde más de 35 años la Medalla de Oro: fué entregada la recompensa al cuadro que ahincadamente reiteraba su credo estético y su fidelidad temática de toda su obra».

Covarsí sentía fervorosamente a su patria chica, Badajoz, de la que nunca quiso salir, pese a que tuvo halagüeños ofrecimientos para trabajar fuera de la región. Por estos nobles sentimientos y por sus méritos relevantes fué premiado con los nombramientos de hijo predilecto de la ciudad y provincia de Badajoz.

Esta preciada vida súbitamente la arrebató la Parca el día 28 de agosto de 1951. Cuando ocurrió el óbito llevaba a cabo una labor artística en Cataluña, donde contaba con muchos admiradores. Arturo Gazul, el fino cronista—de casta le viene al galgo—hoy afincado en la hermosa ciudad mediterránea de los Condes, ha informado de la labor de Covarsí en Cataluña, en la que proyectaba exhibir sus trabajos, pero que la muerte impidió realizar.

Conocimos a Covarsí ya en las postrimerías de su vida, el año 1948, con ocasión de la II Asamblea de Estudios Extremeños celebrada en Badajoz, a la que hizo aportación de su prestigio artístico. Antiguos admiradores de su labor, nos ganó inmediatamente su cortesía, su afabilidad, su bondad y su aspecto de hidalgo extremeño. Su figura era inconfundible, con sus ojos vivaces tras los cristales y en su indumentaria tenemos que resaltar especialmente su pequeño sombrero negro, que se calaba profundamente.

El arquitecto Francisco Vaca Morales le dedicó hace años un ensayo y no pocos escritores pacenses y del ámbito nacional han buceado en la obra de Covarsí, dando a la luz pública cuanto les sugirió tan valiosa personalidad.

Covarsí pertenecía a las Academias de Bellas Artes de San Fernando de Sevilla y Toledo. Era caballero de la Real Orden Militar de Nuestro Señor Jesucristo de Portugal y socio de honor de numerosos círculos y entidades culturales y artísticas españolas y extranjeras. Estaba en posesión de no pocas condecoraciones, lo mismo de nuestro país que de allende sus fronteras.

El laureado maestro, de amplia cultura artística, sencillo escritor, hombre bueno a carta cabal y, sobre todo, enamorado de su Escuela de Artesanos, en el ejercicio continuado de su alto magisterio dejó una legión de alumnos que hoy son figuras distinguidas en los derroteros artísticos. Ha sido el más excelente guía de la juventud pintora extremeña, porque Covarsí—consecuente con el mensaje de la estirpe—es el mejor continuador de los maestros, de los grandes pintores de Extremadura.

Covarsí arrancó al cielo extremeño, y lo trasladó fielmente a sus lienzos, maravillosas sinfonías de luz y color. Sus cuadros puede decirse que son poemas pictóricos extremeños. Veamos a este respecto el juicio del ensayista y crítico de arte Julio Cienfuegos Linares:

«A la visión extremeña corresponde una teoría de colores sobrios y generosos, maduros y elegantes, que nadie ha sabido captar como Covarsí. Por eso no es extraño que sus admiradores hayamos contemplado en la realidad «Paisajes de Covarsí», cuando nuestros ojos han sorprendido la bella entonación de nuestros campos reclamando el marco y la firma de su más auténtico intérprete.»

Hermano político del genial artista del pincel, el escritor Enrique Segura—una de las principales figuras de las letras extremeñas—convivió con aquél toda su vida de artista y le consagró no pocos y estimables juicios críticos acerca de sus producciones. Juntos realizaron muchas Exposiciones de pintores y escultores en el Ateneo de Badajoz. Trabajaron íntimamente unidos en las Exposiciones permanentes del Pabellón de Extremadura en la Exposición Iberoamericana de Sevilla y juntos y acompañados del señor Garrorena obtuvieron las magníficas fotografías de todas las obras de arte—castillos, paisajes, tipos extremeños, etc.—que hoy exornan los pasillos de la Diputación pacense. En su libro *Un montero genial*, Segura traza un certero perfil biográfico de su hermano Adelardo. La convivencia con el esclarecido artista que venimos refiriendo, hizo que Segura participase intensamente de su vida pictórica y familiar, ambas tan intachables como fecundas. Nos informan que el magnífico prosista ha recibido el honroso encargo de escribir la biografía exhaustiva del eminente extremeño, con el que estaba emparentado. Nadie con más títulos y conocimientos, ninguna pluma más autorizada y apropiada que la del maestro Segura para dedicarse al estudio que merece y que anhelamos ver publicado.

En 1958 se celebró en Badajoz una Exposición de las obras de Covarsí, que fueron facilitadas por los particulares y familias pacenses que las poseían. La Exposición estuvo constituida por los primeros cuadros del artista—cuando ya estaba inclinado a los temas cinegéticos—y otros muchos, como «La escopeta», los que representan a su esposa, al crítico y escritor López Prudencio, «Nocturno de la Alcazaba», «El tío Temerón», «Paisajes de la Serena», «El grumete», «El relato», «Los aguilucho», «El cobro», etc. En la Exposición figuraron, además de los detalles geniales de Covarsí, recuerdos personales suyos y de su padre: cabezas disecadas de ciervos y jabalíes, trabucos, una reproducción del estudio del pintor, el cuadro en el que estaba trabajando al caer enfermo y que no pudo terminar, apuntes, bocetos, fotografías y libros. También pudo admirarse la medalla realizada por el escultor Enrique Pérez Comendador el año 1946 con motivo del nombramiento de hijo predilecto de Badajoz y el retrato del pintor, debido a su discípulo José María Collado. La Exposición de la obra

de Adelardo Covarsí—que fué inaugurada por el ministro D. Pedro Gual Villalbí, amigo íntimo del artista—fué visitada por toda la ciudad y por el capitán general de la Primera Región militar, don Miguel Rodrigo Martínez, caballero laureado de San Fernando, y clausurada con la intervención de Antonio Cuéllar. La Exposición constituyó un éxito rotundo y fué un delicado homenaje a la memoria del maestro inolvidable e intérprete fiel de Extremadura.

La figura del maestro Covarsí acaba de ser actualizada. En el parque de Castelar, de Badajoz, se ha descubierto e inaugurado un busto del gran artista pacense. De la obra—que se debe a la iniciativa del Ayuntamiento—es autor el escultor badajocense José Sánchez Silva. En el busto en piedra figura el pintor con el pincel en la mano y la paleta. En la parte de delante está inscrito el nombre del pintor y hay una reproducción en cerámica del cuadro «El zagal de las Monjías». En ambos laterales constan leyendas escritas por el alcalde de Badajoz, D. Ricardo Carapeto.

El acto celebrado con tal motivo fué una verdadera exaltación de la vida y obra de Covarsí. Antonio Covarsí, hijo del pintor, leyó unas cuartillas para expresar su gratitud. Seguidamente fueron leídos dos sonetos del inspirado poeta Manuel Monterrey, «Ventanas cortijeras» y «Sus paisajes», dedicados al pintor. A continuación el Sr. Carapeto inauguró el monumento. El escritor Enrique Segura Covarsí resaltó las cualidades del artista.

Por último, el regidor pacense, en vibrantes palabras, se refirió a la figura del insigne pintor, «pregonero artístico de esta áspera Extremadura, vituperada y desconocida, en la que únicamente se supone que hay elementos materiales de baja calidad, sin acabar de reconocer esta reiteración artística de nuestra tierra. Porque el extremeño—agregó el Sr. Carapeto—sabe calar en todas las facetas del arte; y así tenemos aquí poetas excelsos, pintores y escultores y tenemos, en fin, toda la representación gamática que en la estética puede desearse.

Y fué Adelardo Covarsí uno de los geniales creadores y puedo decir también que fué un genial intérprete, porque hizo la interpretación más grande que podía hacerse».

Luego puso de relieve otras facetas del pintor, diciendo que al reconocer el Ayuntamiento de Badajoz todo su valor y nombrarle hijo predilecto, sólo hizo un acto de justicia.

«Al ofrecerle ahora este busto—concluyó el Sr. Carapeto—queremos ratificar nuestra voluntad de reconocer los valores de los que nos precedieron en la vida, en la estancia en esta población a la que tanto queremos, y por eso hemos elevado este monumento modesto, sí, pero con el ansia que comparte el Municipio y que yo pongo a vuestro servicio.»

El monumento dedicado en Badajoz al inimitable pintor Adelardo Covarsí, constituye el mejor tributo a su memoria y nosotros lo registramos en estas prestigiosas columnas.

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS